Pidieron limosna; á su edad, como se comprende, todo trabajo era imposible.

Todas las mañanas, sin otra defensa contra la llúvia ó el sol, que sus abundantes y ensortijados cabellos, desnudo el pié en la arena ó en el lodo, una tosca alforja en la espalda, salian tomando cada uno distinta direccion, y en tanto que era de dia iban de puerta en puerta, de casa en casa, rezando un *Padre nuestro* y pidiendo limosna.

Salvo contadas excepciones, y las excepciones forman reglas, los aldeanos no son generosos por lo general.

Duros para ellos mismos, imponiéndose todo linaje de privaciones, acumulando viejos escudos en pucheros para comprar pedazos de tierras, privándose de todos los goces que puede proporcionar el dinero, viviendo, en fin, como si fuesen miserables, no se conmovian ante el espectáculo de la miseria de los demas.

Cuando los niños volvian por la noche despues de diez horas de andar, no traian, sin embargo, vacías las manos.

Algunos céntimos, algunos ochavos, y aun algunos cuartos de verde grís yacían en el fondo de su faltriquera, y en las alforjas venian cortezas de pan negro, tan duras generalmente que era preciso cocerlas antes para poderlas comer.

BIBLIOTECA CENTRAL U. A. N. L.

Por lamentable que fuese esta alimentacion, evitaba que Genoveva muriese de hambre; y cuando las monedas recogidas sumaban una cantidad bastante, uno de los niños iba á la taberna mas próxima y compraba un poco de vino para su madre.

Esta horrible penuria se escondia en el lugar mas alegre que puede imaginarse. El pedazo de tierra sobre el cual se levantaba la choza, podria proporcionar un precioso estudio al pincel de un acuarelista.

El difunto marido de Genoveva, era, como hemos dicho, leñador.

Diez años antes habia obtenido del propietario de los bosques donde prestaba sus servicios autorizacion para construir una casita á la entrada del monte.

Construida con troncos de árboles secos, arcilla y pajas, la casa se levantaba á dos kilómetros de Hojas-Verdes, entre el camino y la entrada al bosque.

Un grupo de árboles seculares la daban sombra; las yedras habian rodeado el edificio, dándole consistencia alrededor, en lo que habia antes sido un pequeño circuito cultivado; plantas parásitas reemplazaban á las coles, los nabos, las zanahorias, y formaban una mezcla de rara vegetacion, de maravillosa exuberancia.

Cuando caia un rayo de sol sobre la choza,

vestida de yedra como las ruinas de un castillo, y sobre éstas flores de lujo salvaje, el conjunto de tan pobres cosas ofrecia un cuadro perfecto de exquisita gracia.

Si el exterior de la casa era alegre, no podia decirse otro tanto del interior.

Las dos pequeñas ventanas con vidrios apenas trasparentes, verdosos, tan gruesos como fondos de botellas, no dejaban paso, aun en pleno dia, mas que á una claridad pálida en la única pieza.

Enfrente de la puerta, y apoyada en la pared del fondo, un lecho ó mas bien un camastro construido como los muros, sostenia un jergon hecho girones, y sin colchon y sin sábanas.

Esta era la cama de Genoveva.

Al pié, sobre el polvoriento suelo, veíanse dos haces de paja y un monton de andrajos.

Los niños pasaban la noche sobre el haz de paja y sobre los andrajos.

En el centro de la pieza una estufa, cuyo tubo salia por el techo.

Un arca vacia, una mesa coja, dos ó tres asientos, constituian el mobiliario.

Bramantes tendidos sostenian algunos andrajos.

De todas las vigas colgaban repugnantes telarañas.

Imagínese sobre el lecho que acabamos de

BIBLIOTECA CENTRAL U. A. N. L.

describir la desgraciada Genoveva, temblando de fiebre, cubierta con una manta de caballo llena de agujeros por veinte partes, y se tendrá idea aproximada de este siniestro interior tal como estaba antes de la llegada de Julio Leroux y de sus hijas á Hojas-Verdes.

Desde este momento, desde que Juana desempeñaba el papel del *ángel bueno de los pobres* del país, las cosas habian cambiado bastante.

La jóven se interesaba mucho por Genoveva, cuyo infortunio le parecia inmerecido; consagraba al alivio de la pobre mujer una gran parte de las insignificantes cantidades de que podia disponer. Su caridad ingeniosa le proporcionaba el medio casi milagroso de hacer mucho bien con pocos recursos.

La buena criatura hubiera llegado á hacer algo sin nada. La espantosa suciedad, el gran desórden que reinaba en la casa, fueron reemplazados por una limpieza y por un órden relativos.

Cada semana, mediante una módica retribucion, una mujer limpiaba el suelo y las telarañas.

Genoveva pudo descansar sobre un colchon y cubrió su cuerpo con limpias sábanas. Pudo tambien tomar caldo, un poco de carne y vino todos los dias.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Los dos niños, no necesitando pedir limosna, permanecieron al lado de su madre.

Este cambio favorable en el régimen de la viuda, no parecia, sin embargo, conducir á sérios resultados, y Juana se lamentaba de ver á su protegida débil y pálida como antes.

Sin duda el mal, dueño absoluto de aquel cuerpo extenuado, no podia ser combatido con ventaja. Triste, pero no desalentada, Juana no cedia en la lucha.

El tercer dia despues de su conversacion con el cura de Hojas-Verdes, la niña fué por la tarde á hacer la visita cuotidiana á la viuda. Uno de los niños, que jugaba en el camino, entró apresuradamente en la cabaña, gritando:

—¡Mamá!... ¡mamá!... Aquí viene la señorita buena.

Juana, con la sonrisa en los labios, se dirigió hácia la puerta abierta; pero en el momento de entrar en la habitacion, se detuvo conmovida y vacilando.

Junto al lecho de Genoveva habia un jóven en pié, que estaba pulsando á la enferma.

XXXII

El jóven que estaba de pié junto al lecho de

BIBLIOTECA CENTRAL U. A. N. L.

Genoveva, y cuya presencia inesperada habia detenido á Juana en el umbral, era de regular estatura, muy moreno, nada bello, pero simpático á primera vista.

Su frente, algo pronunciada é inteligente, estaba adornada de abundantes y negros cabellos.

Sus ojos, negros como el pelo, algo velados por largas pestañas, tenian una expresion benévola.

La boca, de gruesos labios, indicaba bondad.

La barba, cuadrada, modificaba la expresion general de su fisonomía, indicando resolucion y fuerza.

El desconocido habia mirado hácia la puerta al oir la exclamacion del muchacho. Dejó caer suavemente la mano de Genoveva, dió algunos pasos hácia la recien venida, la saludó con profundo respeto y le dijo, con voz cuyos acordes suaves resonaban casi metálicamente:

—Supongo que sois la señorita Juana Leroux.

—Sí, señor—contestó la niña, cuya turbacion desapareció como por encanto. Despues añadió:

—¿Sois el doctor Giraud, no es verdad?

—Sí, señorita—dijo á su vez el médico.—Esperaba este momento—continuó—lo deseaba, porque sé todo el bien que haceis en el país, y espero que no me negareis la alegría de tomar